



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 52.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs.—Seis meses 54 rs.—Un
año 66 rs.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Congregacion, 1, 2.º izquierda.

Se publica todos los domingos.

Valencia 24 Diciembre 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.—Seis meses
42 rs.—Un año 80 rs.—Estrangero, Cuba y
Puerto-Rico, un año 6 pesos.—América y Asia,
8 á 15.

SUMARIO.

A nuestros suscritores.—Revista de Madrid,
por D. A. Alcalde Valladares.—Teatro Principal:
Gli amanti di Teruel, por D. Leonardo Calvo.—
La muger y la educacion, por D. Federico de
Mendoza.—Juan Bautista Niccolini.—A la Purí-
sima Concepcion (poesía), por el Marqués de Ca-
brinana.—La misa del gallo, por D. Ventura
Ruiz Aguilera.—Almanaque ilustrado del Museo
Literario.

Láminas. El poeta italiano Niccolini.—
Vista general de Túnez.—Alegoría de Navidad.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Hemos terminado el año segundo
de nuestra publicacion; y la brillante
acogida que ha obtenido durante este
tiempo, nos hace concebir esperanzas
halagüeñas para lo futuro.

Alentados con esta idea, no hemos
vacilado en introducir en nuestro Se-
manario todas aquellas mejoras que
han visto anunciadas nuestros suscritores,
y que colocarán á EL MUSEO LITE-
RARIO á la altura de las mejores publi-
caciones ilustradas de nuestra época.

Damos las gracias á nuestros cons-
tantes favorecedores y esperamos que
el público corresponderá á nuestros es-
fuerzos.

El domingo inmediato regalaremos
á nuestros suscritores las cubiertas y el
índice del tomo que acaba de terminar:
y el primer domingo de Enero apare-
cerá con todas sus mejoras el primer
número del año tercero.

REVISTA DE MADRID.

A pesar de la llegada de la corte que
muchos la esperaban como precur-
sora de nuestra antigua animacion,
Madrid sigue frio é indiferente.

Nada revela á Madrid de otros tiem-
pos.

Por donde quiera que se va se ven seña-
les de esta cansacion y este hastío.

Hasta las casas llevan en su frente esa ho-
ja blanca del libro de su tristeza.

Las casas son como los corazones.

El corazon que ha perdido entre los
desengaños hasta la última de sus ilusiones,
lleva en su frente un letrero que dice: va-
cio.

La casa que llora viuda la ausencia de sus
antiguos dueños que le dieron animacion y
vida lleva un cartel blanco que no tiene le-

tra alguna y en el cual todo el mundo lee: va-
cia.

Las casas y los corazones tienen un mismo
ser.

Ambos rien cuando están ocupados, am-
bos lloran cuando se ven en la soledad.

Un frio glacial, un frio tal vez alimentado
por los carámbanos de la Siberia, recorre
nuestras calles haciendo victimas sin cuento
con su espada de pulmonías.

Además esta consecuencia ó resultado de
la ausencia del calor, como diria un filósofo, ha
traido perjuicios á algunos que redundan en
beneficio de otros.

Hay una contradanza de capas á toda or-
questa.

Un cambio de capas admirable.

Solo que aqui en lugar de salir una capa
de mas como en la comedia de Scribe, siempre
se pierde alguna.

Es decir, no se pierdá la capa porque se
la encuentra otro antes que se pierda.

Pero el caso es que la capa no pa-
rece.

Despues de todo esto si lleva usted una pe-
seta come.

Si lleva usted diez duros se queda sin co-
mer.

En Madrid el mucho dinero daña.

Con diez é veinte y cinco duros que lle-
ve uno tiene dinero para toda la vida, porque
no encontrará donde gastarlo.

Se supone que este dinero es en billetes,
porque no corre otro.

Es decir, este es el que corre, y como
sino corriera, porque nadie lo quiere.

Esto es una ventaja en los tiempos que atravesamos.

Avocados á sufrir el rigor de las desdichas, la miseria, el papel será una ventaja, porque el que lo tenga se quedará igual al que carezca de él.

O como si dijéramos, el papel moneda será un papel mojado.

En cambio las plazuelas, las tiendas y los escaparates despiertan nuestro apetito y tientan nuestros bolsillos demasiado débiles para soportar las presentes evacuaciones.

Estamos en Navidad.

Y por todas partes nos atruena el gorgoeo de los pavos, el crugir de los tambores y el repique de las panderetas.

Por todas partes nos obstruyen el paso barricadas de turron y almibares en latas capaces de arrojar de nuestro lado con sus perfumes al huésped del Ganges si desgraciadamente no hubiese tomado ya las de Villadiego.

Por todas partes las fruterías nos tientan la paciencia con sus cestos de naranjas y granadas, sus cajones de pasas y uvas y sus barriles de aceitunas cordobesas.

En Madrid, como todo es mentira, á las aceitunas cordobesas les llaman sevillanas.

¿Serán mejor por eso?

Pero apartemos la vista de este paraíso de tentaciones para llevarla á donde si no se despierta nuestro apetito, nuestro estómago permanezca tranquilo.

Veamos qué pasa en los teatros.

El Circo no ofrece nada nuevo, pues la *Revista de 1865 y 1866* que preparaba ha sido víctima de las iras fiscales; sin embargo, el día de Noche Buena estrenará una comedia por la tarde y dos por la noche.

El Real sigue luchando con su mala suerte: la desgracia le persigue hasta el punto de que casi cuenta tantas funciones como derrotas.

El teatro de Variedades, reforzado con la Santoni y algunos actores españoles, abre sus puertas esta noche con un drama nuevo titulado: *La hija del Almogabar*.

El Príncipe, donde está reconcentrada ahora la vida y la animación, á pesar de que su actividad ha sido bien escasa, puso en escena el lunes un drama en cuatro actos y en verso de D. Antonio García Gutiérrez, nominado *Juan Lorenzo*. Este drama, si bien por su plan, su desarrollo y su desenlace no puede figurar en primera línea, se distingue por su entonada versificación y esos rasgos de primer orden que el autor del *Trovador* sabe imprimir á sus obras.

Basado su argumento en las vicisitudes de las germanías de Valencia, donde figuraba en primera línea Juan Lorenzo, camina pesadamente á su desenlace haciéndole perder en su interés la inconstante conducta del principal personaje y el falseamiento del carácter de Sorolla, que no creemos es el Sorolla cuya memoria guarda el pueblo de Valencia.

Los dos primeros actos que trazan un sendero que no puede menos de halagar á las almas que respiran nobleza y libertad, casi son distintos de los otros dos, donde se va desvaneciendo el pensamiento iniciado en aquellos.

Por lo demás, el drama es un museo de bellezas, que amontonadas en desorden producen un gran cuadro en cuanto á la inspiración, si bien falta de interés y colorido.

La ejecución por parte de Valero fue esmerada. Las décimas tan sonoras del último acto fueron dichas por él admirablemente, así como nos pareció inspirado en el instante de morir.

La Teodora tuvo también momentos felices, diciendo con verdadero sentimiento la escena de amores que tiene con Juan Lorenzo, escrita en esas preciosas quintillas que sólo sabe hacer el autor de *Simón Bocanegra*.

El martes también se estrenó en Jovellanos una zarzuela en tres actos y en verso del mismo García Gutiérrez, que lleva por título *El Capitán Negro*. Esta obra es de escasa importancia por su poco interés y sus gastados recursos; tiene, sin embargo, como todas las obras de este poeta, el sello de sus magníficos versos y la huella de esos delicados pensamientos que como otras tantas perlas brillan en todas sus producciones. Es de mucho efecto el coro de introducción del tercer acto, que podemos llamar del *Abecedario*, y en el que Calañazor convertido en maestro de escuela, enseña á leer á los negros.

La música, que es de Arrieta, á pesar de que tiene reminiscencias de otras obras suyas, tiene trozos bastante inspirados.

Las decoraciones pintadas al efecto son lindísimas, haciendo honor al discípulo de Ferri.

A. ALCALDE VALLADARES.

Madrid 21 de Diciembre de 1865.

TEATRO PRINCIPAL.

GLI AMANTI DI TERUEL.

El espectáculo lírico-dramático es la manifestación del fraternal consorcio de las dos artes que mas pueden remontar su vuelo á las regiones de lo sublime, para transmitir, auxiliadas mutuamente, el sentimiento de lo bello. La poesía ofreciendo plásticamente escenas reales de la vida y la música idealizándolas hasta el infinito, forman el espectáculo lírico que, si no instruye por el convencimiento, moraliza por los grados de sensibilidad que hace renacer en el alma. La música dramática, si en su origen no tuvo mas objeto que proporcionar un grato pasatiempo, tiene hoy una misión civilizadora que cumplir; y bajo este punto de vista la crítica debe ser tan inexorable, tan justa, tan recta, cual exige la importancia del objeto que cae bajo su dominio.

Hay una preocupación tanto mas perjudicial cuanto que existe arraigada entre la generalidad de los profesores músicos. Créese que la crítica no tiene razón de ser así que la música llena todos los principios didácticos de su combinación puramente mecánica.

Pero, esto es un error; la música es un arte de aplicación, y aunque inobjetivo en sus formas, tiene que manifestarse siempre dentro de los límites de la verdad. No puede, como la poesía, expresar en correctas imágenes un pensamiento, ni como la pintura presentar la forma concreta de un objeto, pero es la luz que derrama sobre las creaciones del arte en general bellísimos resplandores que dan mayor realce á sus encantos. Pudiérase decir, que la música como esencia pura que dimana de la inalterable armonía de la naturaleza, es para las demás artes un principio vital, como ella es en sí misma germen vivificado por el divino soplo del Creador. Ora transmita la palabra, ora describa la muda situación de un cuadro, ora presente la intensidad de un sentimiento, la música siempre debe ser sublime, como sublime es el origen de donde parte, como sublime es el fin á donde se dirige.

Si en el género religioso, por medio de sus graves y severas formas, eleva nuestro espíritu hasta Dios, en el género que llamaremos libre por no calificarle de profano, dispierta todos nuestros afectos. Es como el aroma que aspira el alma para vigorizar el sentimiento humano.

Sentados estos precedentes, nada de extraño tiene que la música dramática, cuente tan escaso número de obras, y que mas escaso sea todavía el número de los ingenios que han brillado en el teatro.

El drama lírico exige varias circunstancias

que no se satisfacen con la sola aplicación de los principios orgánicos de la armonía, del contrapunto y de la fuga, los tres grandes grupos en que se divide la composición. Requiere las unidades dramáticas en cuanto sean compatibles con la homogeneidad armónica, para no destruir el efecto de la acción que la poesía le presenta, sujetándose, en su desarrollo, á la filosofía de la palabra, y pintando con exactitud los episodios del drama.

La escuela italiana es, á no dudar, la que con mas perfección ha llenado estos requisitos; pero la misma escasez de los modelos, prueba la dificultad del género lírico-dramático. Fuera de Rossini, Bellini, Donizetti, Paccini, Mercadante y en nuestros días Verdi, ningún maestro ha podido presentar obras verdaderamente imperecederas; y es que, dentro de esa misma escuela, hay que vencer las dificultades que presenta el género; la calculada combinación de las piezas de un *spartito*, siempre igual, inalterable, es un óbice para que el compositor pueda brillar, por mas profundos que sean sus conocimientos, si no tiene un talento verdaderamente creador. La melodía, sujeta constantemente al recitado, al andante y á la cabaletta, sería monótona si el autor músico no poseyese grande fuerza de ingenio, y delicado gusto ó esquisito sentimiento. Por esto mismo sin duda, notamos la variedad de caracteres que nos presentan las obras de los ilustres maestros que hemos citado, á pesar de que todas ellas se hallan modeladas en una misma forma. Rossini siempre brillante; tierno é inspirado Donizetti; sentimental hasta lo sublime Bellini; severo y vigoroso Paccini; profundo y rígido Mercadante; apasionado é impetuoso Verdi, todos, todos ellos llenan el objeto que se propone el arte lírico-dramático. Y nótese bien esto; á pesar de que la imitación en las otras artes nobles, ha producido ingenios que, aunque secundarios, han logrado alcanzar un nombre respetable, en la música ha sido preciso que el autor llevase un sello especial en sus obras, para ceñir la aureola popular. Podrá ser esta una errónea apreciación que nos sugiere un hecho que no tenga mas fundamento que una coincidencia fatal; pero es un hecho, y por lo mismo en él apoyamos nuestra apreciación.

Sin desconocer todo lo que vale la ópera de que vamos á ocuparnos, sin negar el talento sobresaliente que en ella ha demostrado nuestro compatriota el Sr. Aguirre, diremos, no obstante, que no encontramos en ella, por desgracia, rasgos siquiera fuesen tan generales como es dado esperar de un principiante, que nuestro orgullo nacional hubiese querido hallar para unir con dolor el nombre de un español á los de la escuela italiana. Y decimos con dolor, porque, aunque el arte sea cosmopolita, quisiéramos una escuela propia, tan propia como la tienen los franceses y los alemanes, tan propia como la tenemos nosotros en el género sagrado.

Pero si en la obra de que nos ocupamos, no vemos ese sello especial que determina los diversos caracteres ó modificaciones que se observan dentro mismo de la escuela italiana, encontramos en el Sr. Aguirre las dotes necesarias para separarse de aquellos modelos é iniciar una escuela nacional. Se objetará, sin duda alguna, que en España no tenemos un teatro lírico nacional; que tributaria del italiano, los maestros españoles, ó tienen que sujetarse al mismo, ó renunciar al cultivo del género lírico-dramático. Nosotros no reclamamos la ópera española, esto es imposible por ahora; aceptamos el libro italiano, mientras otra cosa no pueda realizarse, pero aspiramos á la modificación del estilo, como el primer paso dado para llegar á una escuela nacional. No se cantan en nuestros teatros óperas italianas de la escuela francesa? He aquí lo que nosotros hubiéramos querido ver, cuando menos iniciado, en la ópera

de que nos ocupamos; pero ya que así no sea, la juzgaremos en su propio género, si bien con la imparcialidad que tenemos por costumbre.

Gli amanti di Teruel, como obra de un autor que tiene que luchar con la inesperienza, tiene grandes lunares, pero en su conjunto, y precisa es la comparación, vale más, muchísimo más, que algunas otras producciones que hemos visto de la misma escuela italiana. Si *Vittore Pissani* se presenta como obra de ensayo, preciso es convenir que *Gli amanti di Teruel* le vence, de manera que como primera prueba entre un autor italiano y un español la victoria es nuestra. Si ambos, tomando como punto de partida para sus sucesivas composiciones las obras en que han ensayado sus fuerzas, continúan cultivando el género en igual progresión, el nombre de Aguirre sobrepujara al de Peri. Mas por lo mismo que se revelan tan felices disposiciones en nuestro joven compatriota, por esto somos algo severos al juzgar su primera obra, y ojalá que nuestro consejo pudiera influir algo en su ánimo, pues estamos seguros que separándose algún tanto de la escuela italiana, encontraría con su natural aptitud algo en los clásicos de nuestra patria y hasta en los ritmos de nuestros cantos populares, que supliera las condiciones especiales de que es preciso hallarse dotados para formarse un nombre en aquella escuela!

Pero analicemos la obra tan detalladamente como es posible en una simple revista.

Principia esta con un ligero preludio de la orquesta que sirve de obertura al prólogo. Un coro brillante y bastante agradable por el efecto armónico, da comienzo á la ópera, pero impropio de la situación por lo estirado de las tésituras que forman acordes muy fuertes en contraposición del silencio que exige la escena. Zulima, después de un brevísimo recitado, canta un aria que tendría tal vez mejor efecto si no estuviera en tésitura tan baja. Sigue recitado de Marcilla y duo de este y Zulima, cuyo adaggio carece de modulación. De mejor efecto es la cabaletta, aunque de puro estilo verdiniano, la cual se interrumpe por un coro interior y contestaciones exteriores. Cierra el prólogo la repetición de la cabaletta en unísono, que indudablemente sería de mejor efecto á no enfriarla lo largo del coro interior. Este prólogo carece de carácter, pues la situación se presta á un estilo verdaderamente fantástico atendida la escena oriental que representa.

El primer acto puede decirse que es la base de unidad de la obra, aunque en nuestro humilde concepto, dista todavía bastante del segundo y tercero. Abrele un preludio en el que se oye un solo de violoncello de buen gusto, y sobre cuyo motivo glosa luego el aria de salida de Isabel. El mérito de la composición sobrepuja en este pezzo el efecto melódico, pues el adaggio carece también de modulación. Salida de Azagra, que da lugar á un duo bastante aceptable, pero cuyo andante, bajo para soprano, brilla más al ejecutarlo el barítono. La cabaletta de este duo es de brillante efecto. Bien combinado se halla el terceto que sigue entre los dichos y Segura, aunque en el alegro, la parte de la tiple es también muy baja. El aria coreada que canta Zulima, carece en el andante de la misma falta de modulación, y no sobresale más el alegro porque creemos que hay alguna desigualdad en la tésitura. Este acto termina con un dueto entre Zulima y Azagra. Creemos que este acto padece no precisamente por las situaciones musicales, sino por el aislamiento con que se presentan los personajes en escena y que no dá lugar á la unidad musical.

El acto segundo es un bellísimo cuadro de armonía y melodía. La acción dramática crea en este acto una situación parecida al tercer

acto de *Lucia* y esta reminiscencia literaria ha inspirado seguramente al maestro compositor lo mejor que sin duda tiene su obra. Principia el acto con una bella romanza de bajo, creciéndose siempre tanto que la de barítono que subsigue la sobrepuja en gusto y á esta la escena del tenor de puro estilo Donizetiano. Sigue luego el final tan bien combinado, que todas las noches logra entusiasmar al público, que entre bravos y palmadas pide la repetición del cuarteto y llama á los autores á la escena.

En este acto, que es el mas perfecto de la obra, dá el Sr. Aguirre la medida de sus conocimientos como compositor y de su inspiración de artista. Lejos de buscar en la complicación que nace de las dificultades mecánicas de la composición los efectos dramáticos á trueque de pasar, como muchas vulgaridades, plaza de profundos armonistas, ha planteado, y resuelto con la mayor sencillez los motivos del canon en que vá reproduciéndose la idea sobre que está basado, llegando á la última frase de desarrollo con tal naturalidad, con tan potente efecto, que es imposible oír los últimos acordes sin arrancar un bravo al auditorio.

Bien, señor Aguirre, muy bien.

El tercer acto es de puro sentimiento. Si hemos de juzgarle por el efecto que en nosotros causó, nos parece el mejor de la obra. Quisiéramos decir el mas perfecto, pero en nuestro concepto, es susceptible de algunas modificaciones. El preludio de la orquesta que inaugura este acto, ejecutado por los instrumentos de cuerda en cantos largos, es bellísimo y que no desdeñaría el mismo Bellini si viviese; pero en la escena final entre el tenor y la tiple, se nota alguna falta de toques para dejar bien acabado este cuadro.

Nada decimos respecto al libro, porque nos declaramos incompetentes para juzgar de su mérito literario. Analizado por sus situaciones dramáticas, creemos que es superior á lo que debía esperarse de una joven española, que no solo se ha lanzado á manejar el idioma del Dante, sino que ha tenido que vencer las dificultades de condensar en un espectáculo completamente nuevo para la literatura nacional, la interesante acción de un drama difícil, operación tanto más arriesgada, cuanto el argumento de los *Amantes de Teruel* es un asunto que nadie ignora en nuestra patria. La autora de este libreto es la señorita Doña Rosario Zapater.

En la ejecución de este drama han tomado parte las señoras Paserini y Sanchioli, que han desempeñado perfectamente sus respectivos papeles de Isabel y Zulima, especialmente la primera, que en el final del segundo acto está bravísima, y los señores Pavani, Fávvaro y Maini encargados respectivamente de los papeles de Marcilla, Azara y Segura, distinguiéndose el primero en la romanza del segundo acto, así como los Sres. Masini y Fávvaro en las suyas del mismo acto y especialmente el último en el grandioso final.

La orquesta y los coros muy bien, justificando el buen éxito del conjunto la acertada dirección del maestro D. Leandro Ruiz.

Terminamos esta revista felicitando á los autores por el extraordinario éxito que el público ha dispensado á su obra, esperando que les servirá de estímulo para nuevas producciones; y damos las gracias á la empresa por su desprendimiento al aceptar una obra de dudoso resultado, rindiendo culto al sentimiento nacional que impulsó á la prensa valenciana á recomendarla en la temporada cómica anterior.

LEONARDO CALVO.

LA MUGER Y LA EDUCACION.

¡La muger! Siempre la muger frente á frente de las lisonjas y de las invectivas humanas! Siempre agitándose como una criatura incomprensible en el difícil drama de la vida!

Genio de amor y de inspiración, ó ángel caído en la impura escoria del mundo, ha encontrado en todos tiempos espíritus ardientes que celebren su maravilloso influjo á la vez que formidables enemigos ensañados en deprimir su gloria.

Objeto unas veces de adoración, otras de sarcasmo, serafín ó demonio, vaso de perfumes ó germen de corrupción, flor embriagadora ó funesta levadura para la sociedad, ella ha surcado impávida las olas de los siglos ya extendiendo las manos para recibir coronas de homenaje, ya escondiendo su rostro bajo los pliegues del rasgado manto para sustraerse al ludibrio de sus detractores.

¡La muger!

¿Por qué habla este nombre tan suavemente á los oídos de los que piensan bien, y resuena como torbellino de desgracia en los corazones marchitos? ¿Por qué buscan los unos rayos de luz para describirlo, y otros hiel y amargura para vilipendiarlo? ¿Por qué la hermosa mitad del humano linaje soporta la ruda prueba en que la esclavizan nuestras pasiones? ¿Siempre la muger!

Abrid las páginas de la historia. Registrad los acontecimientos de la vida pública, militar y política de los pueblos y, siquiera sea la causa un tanto remota, no pocas veces hallareis que es la muger. Descendad á la vida privada; seguid el torrente de las costumbres y de los hábitos sociales; penetrad en el santuario de la familia..... en todas partes vereis á la muger influyendo con su prestigio irresistible.

Dante tuvo su Beatriz, Tasso su Leonor, Petrarca su Laura, Rafael su Fornarina, Wandyck su genovesa, Napoleon á Josefina de Beauharnais, Diderot á Mlle. Voland, Mirabeau á Sofia, Chateaubriand á Mad. Recamier, Beranger á una joven desconocida.....

¿Qué mas? Los mismos santos, los mismos apóstoles y doctores de la Iglesia no dejaron de rendir suavísimo é irreprochable tributo á las nobles prendas de la muger. ¿De qué modo tan casto y puro no amaron en caridad San Pablo á Santa Tecla y Appia, San Pedro á Santa Petronila, San Juan á la devota señora Electa y San Gerónimo á Eustaquia y Paula, cuyas menores faltas dice que hubieran sido grandes virtudes entre los imperfectos!

No hay duda. La muger es susceptible de regenerar al mundo. ¿Cuánto vale la representación de esa débil é interesante criatura en los destinos de la humanidad! Pero véase también cuánto esa humanidad la ha desatendido en diferentes periodos históricos!

Si volvemos la consideración á los pasados siglos, ¿no creemos percibir las dolientes quejas y lastimeros ayes que exhalaba la muger bajo la dura presión de la antigüedad? Subyugada en el Oriente al mas odioso despotismo, relegada en los gineceos de la Grecia como un miserable instrumento de deleite, constituida por las leyes romanas en la degradación y en la afrenta, sus ojos se secaron de tanto llorar, su corazón languideció de tanto sentir. Y no bastó que, á la sombra del Calvario, recobrase el esplendor de su dignidad para ser respetada. No bastó que una religión de paz y de mansedumbre quebrantase las cadenas pendientes de sus manos. Aún le quedaban muchas pruebas que experimentar, muchos suspiros que comprimir, muchas tribulaciones que padecer.

La misma Edad media que idealizó el culto elegante y entusiasta de la muger, gra-

bando en los blasones de los esforzados paladines los nombres de «Religion, patria y amor;» ese gran período de la historia vivificado por la fantasía y el sentimiento que engendró apasionados caballeros como aquel que, rompiendo la brecha enemiga, volvía los ojos al cielo y exclamaba en el arrebató de su heroísmo: *Si me viera mi dama*; esa edad festoneada de flores para el sexo de las amables gracias que, dejando llegar hasta nosotros los acentos de sus mil y mil trovadores, la ostentosa pompa de sus palenques y el rumor de sus brillantes torneos nos representa, entre otros ejemplos distinguidísimos, la poética figura de Macías el Enamorado y la temeraria actitud de Suero de Quiñones en el memorable puente de Orbigo, esa edad utilizó también, en contra, secundos y nada vulgares talentos como el de Boccaccio que en *Il Laberinto d'Amore* fulmina para odio de la mugeres las acusaciones mas insidiosas y el escarnio mas lamentable que es dado inspirar al frenesí de la venganza.

Entonces, á vueltas de galanes rendidos y obsequiosos como el dulcísimo cantor de Teresa de Momboy, el inimitable Ausias March, que consagraba al amor toda su existencia:

Per molt amar ma vida es en dubte..... no era difícil ver aparecer malignos detractores como el célebre Jaume Roig y Mosen Pere Torrella, cuyas inspiradas estrofas constituyen una sátira continuada contra el bello sexo.

En tiempos mas modernos Voltaire rompe una cuerda de su lira blasfemando de Dios y otra vilipendiando á la muger para mengua de la mas célebre heroína de la Francia, que no perdonará jamás este crimen de lesa nación. Y otros muchos escritores han seguido las huellas del autor del *Mahoma*.

¡Placer miserable! ¡Sacar á plaza las debilidades de la muger sin arbitrar los medios de corregirlas ó de estirparlas! ¡Presentar como culpable ante la mirada de las siglos á la que por sí sola no puede defenderse sin comprometer su decoro!

En nuestros dias no sale mejor librada la muger para muchos descreídos que la consideran por un fallo absoluto de su razon conjunto monstruoso de envidias, artificios, vanidad é inconstancia.

El decantado *humorismo* de nuestra literatura contemporánea, muestra elocuentísima del profundo hastío en que languidece nuestro espíritu, no deja de favorecer tan peligrosa inclinación que, á manera de corrosivo veneno, cancera las entrañas de la sociedad.

Desde el autor de mas nombre hasta el mas adocenado, desde el novelista que halaga la embriaguez de los sentidos, al último redactor de gacetas de un periódico, no es raro hallar quien, ya por simple moda y capricho, ya por animosidad y despecho moje la pluma en hiel contra la mas bella porción del género humano.

¡Siempre la muger en medio del mundo, si unas veces deificada, otras envilecida! ¡Siempre la muger!

¿En dónde está, pues, la clave de unidad para resolver el problema de sus encarecidas virtudes y de sus crímenes inauditos?

Si la muger puede realizar el bien, cobarde calumnia es el vituperio. Si egerce la triste prerrogativa de la depravacion, por hipócritas y mezquinas deben reputarse sus alabanzas. Si, últimamente, se considera como indefinible mezcla de luz y de sombra: si es criatura



EL POETA ITALIANO NICCOLINI.

frágil que claudica en las manifestaciones de su existencia, ¿por qué negarle el derecho de aspirar á la perfección?

¡Pobre y desacertada filosofía la que descubre la llaga que mata sin ofrecer la medicina que cura!

¡Menguada tarea la del que, tras deslumbradoras elucubraciones sobre la sociedad viciada y pervertida no deja un rastro siquiera que lleve fácilmente á su mejoramiento práctico!

¿Qué es, pues, lo que deshará en el mundo este enigma consagrado por el trascurso de las edades?

Cualquiera lo adivina. *La educación.*

Muger, á quien unos alzan un pedestal para glorificarla y otros un suplicio para escarmentarla; muger, sér dulce y generoso cuando la educación rije tus pasiones, criatura desenfrenada y abyecta cuando la virtud no domina poderosamente tus instintos, no estrañes ya las alabanzas y las diademas con que los primeros te elevan á la apoteosis, ni las declamaciones con que los segundos te rebajan al nivel del desprecio. La educación constituye para tí la clave del merecido elogio y de la diatriva emponzoñada.

Si eres flor, la educación es tu perfume: si eres astro, la educación es tu luz: si eres «el bello defecto de la naturaleza» (fair defect of nature), como te apellidaba Milton, la educación te rehabilita: si eres ángel caído en los eriales del mundo, la educación te dá sus alas de oro purísimo para remontarte á Dios.

Niña y joven embellecerás agradablemente la vida mostrándote ilustrada sin soberbia, modesta sin afectacion, piadosa sin gatzmoñería, virtuosa sin fausto. Esposa y madre, sentada en el hogar de la familia recibirás premio abundantísimo de consideracion y de respeto siendo la manifestacion mas grandiosa de la Providencia sobre la tierra; y el hombre restaurado por tu maravilloso influjo se vencerá, como asegura delicadamente Silvio Pellico, de que solo debe tenerse por bien educado mientras honre al sexo de las gracias, de la mansedumbre y de las domésticas virtudes.

FEDERICO DE MENDOZA.

JUAN BAUTISTA

NICCOLINI.

Juan Bautista Niccolini nació en el pueblo Bagni de San Giuliano, cerca de Pisa, el 31 de Octubre de 1782, y no en Florencia, en 1785, como aseguran casi todos sus biógrafos.

Después de los estudios elementales, asistió á la universidad de Pisa, donde sus felices disposiciones le valieron la amistad y los consejos de dos hombres bien diferentes; Angel Maria d' Elci, poeta sienés satírico y epigramático, excelente humanista, editor de Lucano y sobre todo bibliófilo encarnizado, y la del célebre Ugo Foscolo. Debió Niccolini al primero ese culto razonado á la antigüedad enla-

zado naturalmente al de la poesía en los literatos italianos de este siglo; Foscolo le comunicó el apasionado ardor de su patriotismo y su odio á la dominacion estrangera: habiéndole dedicado cuando Niccolini era todavía joven y desconocido la traduccion de la *Cabellería de Berenice*, y segun los comentadores Foscolo ha representado á su amigo bajo el tipo de Lorenzo, uno de los personajes de Ortiz.

Niccolini publicó sus primeros versos en 1804; la peste que devastaba á Liorna le inspiró una composicion titulada: *la Pietá*.

La princesa Elisa, soberana entonces de Toscana, le nombró en 1807 bibliotecario y catedrático de historia y de mitología en la academia de bellas artes de Florencia.

Cuando sobrevino la restauracion, una comision provisional gobernó el pais hasta la llegada de Fernando III y uno de sus primeros actos fue hacer entender á Niccolini los inconvenientes, muchas veces ridiculos, que abriga la vida cortesana.

La nueva etiqueta exigia que los funcionarios de palacio llevasen coleta; Niccolini no se conformó con esta orden y en su consecuencia se le envió á un castillo á reflexionar sobre la importancia de los apéndices capilares.

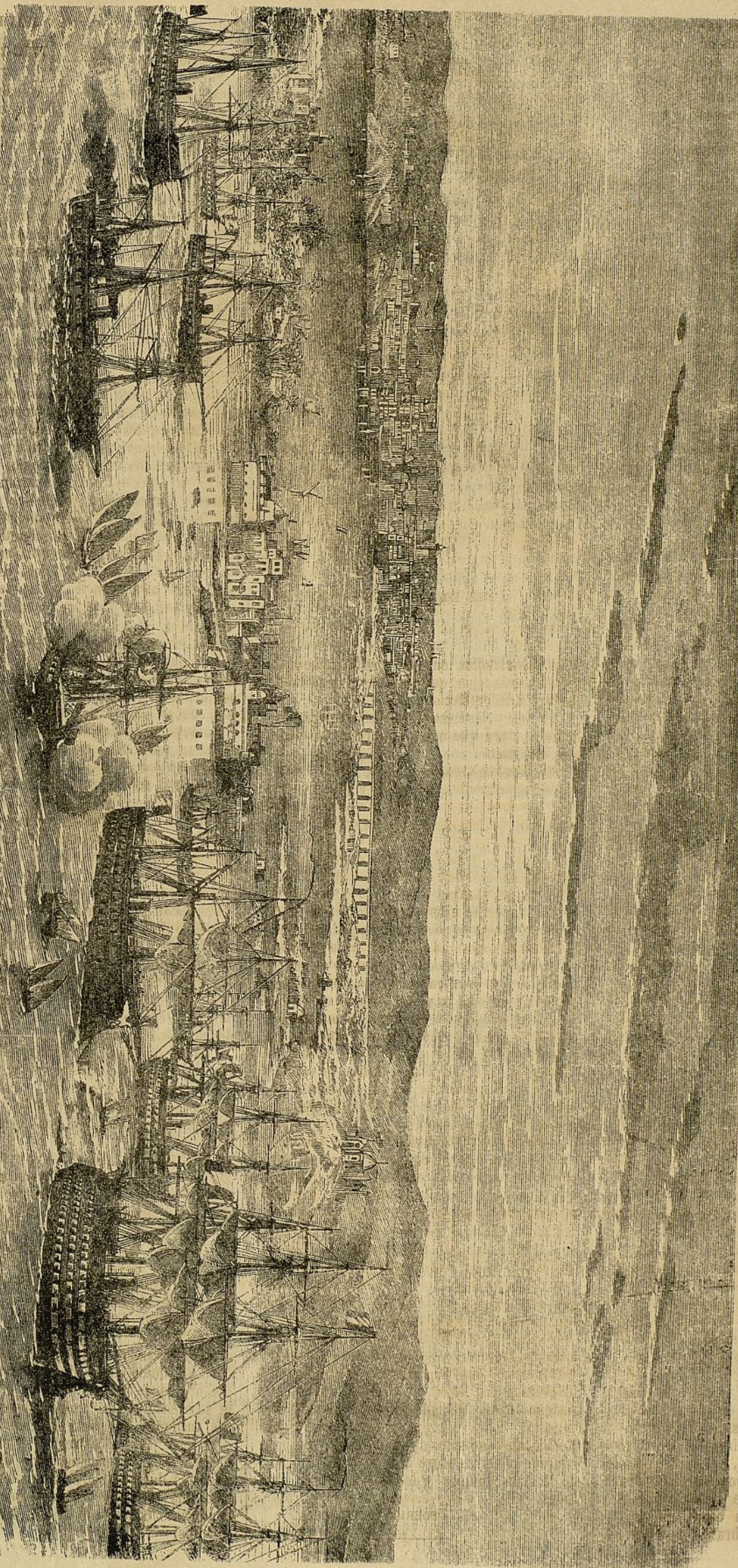
Fernando III remedió los tristes resultados del celo exagerado de sus consejeros y nombró á Niccolini bibliotecario de palacio; pero el poeta que acababa de heredar á un tio materno y cuya ambicion se habia enfriado con el lance de la coleta, renunció el destino.

Aquí terminó la vida oficial de Niccolini, que no aceptó jamás distincion alguna, ni siquiera la cruz del mérito civil que le ofreció Victor Manuel. Este monarca deseó conocer al hombre cuyos apasionados escritos tanto habian influido en pro de la causa de que él era el soldado coronado, y en efecto Niccolini se presentó. Dos amigos sostenian los pasos vacilantes del poeta enfermo.

Victor Manuel estrechó su mano, descubrió su cabeza, permaneciendo de este modo mientras duró la entrevista y leyó con emocion una carta en la que el poeta recordaba con frases conmovedoras sus largos padecimientos.

COLIMA

En el año de 1825, el Ayuntamiento de Madrid, por medio de su Comisionado D. Juan de Dios, acordó que se celebrase en la Plaza de San Juan de los Rios, una gran feria de libros, para dar a conocer a los españoles, el gran número de libros que se habían publicado en el extranjero, y para que se pudiesen adquirir a un precio muy barato. Esta feria, que se celebró durante tres días, fue muy concurrida, y se vendieron muchos libros, tanto de ciencias, como de artes, y de literatura. Entre los libros que se vendieron, se cuentan muchos de los más importantes que se habían publicado en el extranjero, y que hasta entonces no habían llegado a España. Esta feria, que se celebró en la Plaza de San Juan de los Rios, fue muy concurrida, y se vendieron muchos libros, tanto de ciencias, como de artes, y de literatura. Entre los libros que se vendieron, se cuentan muchos de los más importantes que se habían publicado en el extranjero, y que hasta entonces no habían llegado a España.



En el año de 1825, el Ayuntamiento de Madrid, por medio de su Comisionado D. Juan de Dios, acordó que se celebrase en la Plaza de San Juan de los Rios, una gran feria de libros, para dar a conocer a los españoles, el gran número de libros que se habían publicado en el extranjero, y para que se pudiesen adquirir a un precio muy barato. Esta feria, que se celebró durante tres días, fue muy concurrida, y se vendieron muchos libros, tanto de ciencias, como de artes, y de literatura. Entre los libros que se vendieron, se cuentan muchos de los más importantes que se habían publicado en el extranjero, y que hasta entonces no habían llegado a España. Esta feria, que se celebró en la Plaza de San Juan de los Rios, fue muy concurrida, y se vendieron muchos libros, tanto de ciencias, como de artes, y de literatura. Entre los libros que se vendieron, se cuentan muchos de los más importantes que se habían publicado en el extranjero, y que hasta entonces no habían llegado a España.

Se notan dos tendencias muy marcadas en las obras de Niccolini: la primera que ocupa sus primeros años es puramente literaria, clásica, algo escolástica; todavía no se ha trazado su camino y traduce, imita, tomando prestado á los griegos *Polissena* (1810) *Edipo*, *Medea*, *Ino é Temista* y á los ingleses *Matilde*, *Rosmunda d' Inghilterra* y *Beatrice Cenci*.

Nabucco señala claramente la segunda tendencia de Niccolini, es un drama de alusiones, la leyenda antigua encubre la epopeya napoleónica. En esta tragedia singular Nabucco representa á Napoleon; Amiri á María Luisa; Mitrana á Pio VII; Arsaces á Carnot.

Nabucco fue impreso en Londres en 1819 bajo la direccion de Foscolo; la sensacion que produjo fue grande y Austria pidió al gobierno toscano el castigo de su autor; pero el ministro de Toscana Fossombroni se obstinó en considerar la tragedia como una obra exclusivamente literaria y nadie incomodó á Niccolini.

Las demás obras revelan tambien el doble sistema de Niccolini: *Antonio Foscari* (6 Febrero 1827) *Ludovico il Moro*, *Giovanni da Procida* (1830), *Arnaldo da Brescia* (1843) y *Filippo Strozzi* (1847). Venecia, Génova, Roma, Milan, Palermo, hé aquí los héroes de sus composiciones. En *Giovanni da Procida* ha formulado el poeta sus teorías políticas.

«Nosotros amaremos á los estrangeros cuando estén en su pais,» grita Procida, — *Repassin l' Alpi é tornarem fratelli*....

Niccolini escribió tambien en prosa sobre varios asuntos; sus lecciones de Mitología esplicadas en la Academia, se publicaron en dos volúmenes en 1855. Ha dejado sin terminar una *Historia en la casa de Suabia* y una traduccion de Esquilo.

Niccolini murió en Florencia el 20 de Setiembre de 1861, á las tres y diez minutos de la tarde, despues de cuatro meses de agonía, y fue enterrado en el verdadero panteon italiano de Santa Croce. Bajo las bóvedas elevadas por Arnolfo di Lapo reposan junto á la tumba vacia del Dante, Miguel Angel, Machiavelo, Galileo, Alfieri y un antepasado del mismo Niccolini, Filicaja.

Á LA PURÍSIMA CONCEPCION.

Perdona ¡oh Virgen! si en mi ruda lira
Tu hermosura á ensalzar mi pecho aspira,
Que á tanto nunca alcanza
Mortal inspiracion, humano aliento,
Y triste desaparece mi esperanza
Cual flor marchita que arrebató el viento.

Reina del Cielo, del mortal delicia,
El eco de mi voz oye propicia,
Y pues tierno te adoro,
Piadosa estiendo sobre mí tu manto,
Dame el auxilio que anhelante imploro
Y digno entonces sonará mi canto.

¡Ah! ¡mi ruego escuchaste, Madre mia!
Inundado de gozo y alegría
Mi corazon se siente,
En santo fuego de tu amor se inflama,
Y creadora sin fin arde en la mente
De sacra inspiracion vívida llama.

Naciste, y de tu cándida belleza
Fue rica gala celestial pureza,
Y por Dios elegida
Para Madre inmortal del Hijo amado,
Única fuiste en gracia concebida
Y libre de las sombras del pecado.

La voz del Angel del Señor oíste,
Y Virgen en tu seno concebiste,
Y Madre al ser, quedaste
Virgen, cual antes, divinal Señora,
Virgen siempre á los ojos te mostraste,
Y Madre y Virgen el mortal te adora.

Y la sierpe infernal huella tu planta,
Y la angustia y la oprime y la quebranta,
Y las celestes puertas,
Dó mora el Querubin de luz vestido,
Al hombre fueron por tu amor abiertas
Y el Averno lanzó triste gemido.

Tus formas cine transparente velo
Del purísimo azul del claro cielo;
A trechos recamado
De estrellas mil espléndido relumbra,
Y ondula al vago viento desplegado
Y los sentidos con su luz deslumbra.

El astro de los orbes centellante,
Destello del fulgor de tu semblante,
Su rubia cabellera
Tendiendo en pompa en la celeste altura
Absorto pára su inmortal carrera,
Y estático contempla tu hermosura.

Truecas al soplo de tu sacro aliento
En aura leve el huracan violento,
La oscura noche en día,
El ronco son del pavoroso trueno
En dulce y acordada melodía,
Y el turbulento mar en mar sereno.

De aureola radiante coronada,
De Espíritus angélicos cercada,
En vaporosas nubes
Con magestad escelsa el vuelo tiendes
Y á la gloria inmortal del Verbo subes,
Y en tu lumbré purísima la enciendes.

Y allí de gracia manantial fecundo,
Y esperanza dulcísima del mundo,
Blando aroma regalas,
Dios con sonrisa de placer te nombra,
Y el coro celestial pliega sus alas
Y besa humilde tu bendita sombra.

Por eseabel de tu divina planta,
Tienes la luna que la noche encanta,
Y contienes piadosa
De la eternal justicia los rigores,
Que entre el hombre y su Dios, Madre gloriosa,
Está tu pecho, manantial de amores.

¡Ah! deja, Reina, que por tí suspire,
Y que cual madre el corazon te mire:
Que postrado á tu planta
Rendido bese tu divina huella,
Y si digno me ves de dicha tanta
Que el lábio imprima reverente en ella.

Y cuando el alma de esperanzas llena,
Rompa la vil prision, que la encadena,
Y al cielo se levante,
Sé Tú su escudo junto á Dios, María,
Por Tí en la eterna venturanza cante,
Por Tí disfrute sempiterno día.

EL MARQUÉS DE CABRIÑANA.

LA MISA DEL GALLO.

Ea, lector amigo, no hay que dormirse;
pereza á un lado, abrigarse un poco, y vamos
á la Misa del Gallo. Así como así, el ruido
estrepitoso de la calle es en esta noche ene-

migo declarado del sueño, y el que tal vez
ahora mismo, atruena tu propio domicilio tam-
poco te permitiría pegar los ojos.

Supongo que ya habrás hecho *colacion*,
pero respetando, como es debido, los preceptos
de la higiene, y la salud que sin duda dis-
frutas: dígete esto, porque la mayor parte de
los cristianos entienden, á lo menos práctica-
mente, por *colacion* en Noche-Buena el abuso
mas estopendo de los placeres de la mesa. En
esta noche cada boca es un molino, cada es-
tómago un almacén de géneros de Ultramar
y del reino, en una palabra, un abismo; y lo
que es en cuanto á beber, hay quien se em-
bria solo en pensar lo que se trasiega.

Dan las once, y crece el estrépito, y es
que ya van abandonando el teatro de sus glo-
rias y de sus gastronómicas fatigas los que,
como nosotros, se dirigen á la misa que ha de
celebrarse, no precisamente cuando canta el
gallo, *ad pullorum cantum*, como parece indi-
carlo su título, sino á las doce.

Resuena cada zambombazo, que canta el
credo; aturden los redobles de tambores de
marca mayor, percutidos á la sazón, no por
parvulillos entecos, sino por zanguangos de á
folio.

Pues ¿y las murgas? Aquí te quiero, esco-
peta. ¡Santo Dios, y qué molodías! ¿Oyes?
Esta toca unas habaneras, con tal rabia y des-
entono, que propiamente parecen tocadas pa-
ra que las bailen los mismísimos diablos. Y
es que como ha nacido el Redentor del mun-
do, las toca Baco, y no los músicos; esta es
la verdad. Esotra que cruza á paso de Lu-
chana, ó, como si dijéramos, á banderas des-
plegadas, por delante de nosotros, revela ins-
tintos superlativamente marciales; y al són del
himno de Riego, figúrase quizá, que va á tra-
garse todo el imperio de Marruecos.

Veamos ese grupo que desemboca á la de-
recha. Son asturianos, honrados hijos de Pi-
loña ó de Pravia, que con unas cuantas pai-
sanas suyas, caminan de seguro hacia la
iglesia. ¿Qué canta ese chiquillo que cabal-
ga sobre los hombros de ese aguador? Oiga-
mos.

Arre, borriquito,
Que vamos á Belén,
Que mañana es fiesta
Y el otro tambien.

El aguador celebra con grandes risotadas
el cántico del ginele, hace un par de corvetas,
de gusto, y continúa trotando.

Siguiendo nuestro camino, fácil es que
tropecemos (pues no todo ha de ser tortas y
pan pintado) con algun duelo á luz de los re-
verberos, producido acaso por una sola pala-
bra, por un solo gesto sin significacion mal-
dita, pero convertidos, por la fuerza del mos-
to sorbido, que todo lo aumenta, en insultos
de primer órden. Todavía recuerdo un lance
por el estilo, ocurrido tambien en Noche Bue-
na, años há, lance en que no hubo grandes
voces, ni escándalo, sino que se verificó á la
chita callando, y del cual resultó gravemente
herido uno de los adalides, á quien su adver-
sario, un momento antes de clavarle la navaja,
había dicho, con la fria calma de un consuma-
do perdonavidas:

—Lo que es tú, vas á nacer esta noche.

A lo que contestó aquel:

—Como que es Noche Buena.

Pero dejemos memorias desagradables, y
alegrémonos, ó, si no podemos alegrarnos, en-
vidiemos la alegría de esas familias del pueblo
laborioso y pacífico, que asoman por la iz-
quierda, saltando y brincando, al són de pan-
deretas, campanillas, guitarras, tambores y
zambombas, y alternando en sus cantares el
villancico inocente y religioso con la copla
desenvuelta y profana, la copla que em-
pieza:

Esta noche es Noche Buena
Y no es noche de dormir,

Con la que acaba, mi madre mande en lo suyo,
Que en lo mío mando yo.

Si las calles están secas y serena la noche, muchas familias de la clase media y algunas, aunque pocas, de la alta sociedad, toman parte en la alegre expedición á la iglesia, de la cual vuelven, á veces, á sus casas, los que fueron ad pedem, se entiende, con el lodo hasta la cintura; y eso, los bienaventurados que logran pasar á nado, ó como Dios quiere, los diferentes rios que corren por las calles de esta bendita población, porque otros aparecen al siguiente día tendidos, en medio de ellas, como besugos que el mar ha dejado en la playa al retirarse.

Peró entremos en la iglesia: ya ves como los fieles,—que en noche de tanto regocijo mejor merecerían el nombre de infieles,—esperan la salida del sacerdote encargado del Oficio Divino, ó sea la *Misa del Gallo*. Lo que en la misa sucede, con corta diferencia, lo mismo en Madrid que en Alcorcon, en Valencia que en Ruzafa, etc., ya sabes, lector mío, que ha dado motivo en repetidas ocasiones para que la autoridad competente la prohiba, evitando así el triste espectáculo de la falta de devoción y compostura con que muchos están en la casa de Dios.

Esta noche es noche grande para todos los que componen el ilustre gremio rateril; desde el que te escamotea el pañuelo de sonarte aunque estés ojo avizor, hasta el que te roba el reloj del bolsillo del chaleco, y si le apuran un poco, hasta la camisa que llevas puesta, sin que lo sospeches, ni lo sientas, lo cual no quita, ni pone, para que el tomador se santigüe y rece mas que un ermitaño.

El mancebo que no puede ó no quiere entrar en la casa de su adorado tormento, aunque la ame con buen fin, acude al templo, punto de cita, y colocándose detrás de la niña, la habla con fuertes apretones de manos, á que ella corresponde con otros no menos expresivos, cargándose recíprocamente de electricidad, y la entrega un elegante billete, en el que el nuevo Otelo descubrirá á su bella Desdemona los celos que le abrasan.

Aquí un pillete se ocupa en unir, median- te varias puntadas de gaita, unos cuantos vestidos, para que cuando sus propietarias quieran separarse, no puedan, sin que se les ras-

guen, ó por lo menos sin decirse mutuamente cuatro frescas, y cortar las puntadas; cosa harto difícil si la operación del cosido se ha egecutado momentos antes de terminar la misa, pues acabada ésta, el barullo y la prisa por salir no permiten así como quiera, deshacer lo hecho, lo cual origina disputas, que á veces han concluido á cachetes.

Allá un rapáz, armado de cerbatana, arroja menudos proyectiles contra los ojos ó las narices de tal cual vieja, sin considerar que puede dejarla tuerta ó roma; porque eso sí, el chico tiene una puntería tan certera, que donde pone el ojo pone el tiro, prueba elocuente de que se aplica mas á estos egercicios que á la doctrina cristiana ó al *musa musæ*.

A lo mejor suelen atravesar rápidamente el espacio, como siniestros aerolitos, manzanas podridas ó patatas crudas, capaces de derribar al infeliz á quien alcancen; y no faltan mal intencionados que, con mazorecas ó pelusas de bayon, dibujan toda prenda de paño y de lana que encuentran por delante, dejándolas como nevadas, pero con una nieve que no se quita á tres tirones; tampoco es raro sorprender, teniendo cuidado, á tal cual concurrente empujando una bota, ó bien durmiendo en un rincón la mona, como pudiera en la cama.

En tanto, varias voces varoniles cantan villancicos en el coro, acompañados de los rústicos instrumentos de costumbre, y el cura sigue oficiando. Aldeas hay, en donde, si no se encuentran mejores, sirven de instrumentos almireces, cazos y sartenes; en otras, el tamboril y la gaita hacen el gasto, siendo tales la intemperancia y el desenfreno filarmónicos, que al día siguiente la estadística sanitaria resulta con un aumento considerable de sordos.

En algunas iglesias, para evitar confusion y escándalos, los varones tienen designado un sitio, y las hembras otro al lado opuesto. Lo que parece que ya no está en uso es la antigua ceremonia de la adoración del Niño, bastante generalizada en España, y que consistía en depositar ofrendas en el Nacimiento que, al efecto, se preparaba, recibiendo á su vez, los fieles que las hacían, tortas y pan bendito, por mano del párroco.

En nuestros días, la costumbre que es objeto de estas breves líneas, ha quedado reducida á trasladarse de casa á la iglesia, después de la colación; oír misa, no con gran recogimiento, por grande que se quiera tener, lo

cual casi equivale á no oír, y tornarse después cada mocho á su olivo; hablamos de las personas de vida arreglada, pues respecto de las que no se hallan en este caso, se van á pasar el resto de la noche á los lugares de orgía, á las casas de juego, ó á las fondas, cafés y templos de Baco.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO



Los suscritores que no satisfagan el importe de la suscripción que adeudan antes del 30 del presente, no recibirán el Almanaque.

Advertimos á nuestros suscritores á quienes les faltan algunos números para completar el tomo, hagan el pedido antes de finalizar el presente mes.

Pasada dicha época no se atenderá reclamación alguna.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.

ALMANAQUE ILUSTRADO DE EL MUSEO LITERARIO.

GRATIS PARA LOS SUSCRITORES PERPÉTUOS.

Como prometimos á nuestros suscritores empezaremos á repartir la semana próxima el Almanaque, escrito por los principales literatos de Valencia y Madrid.

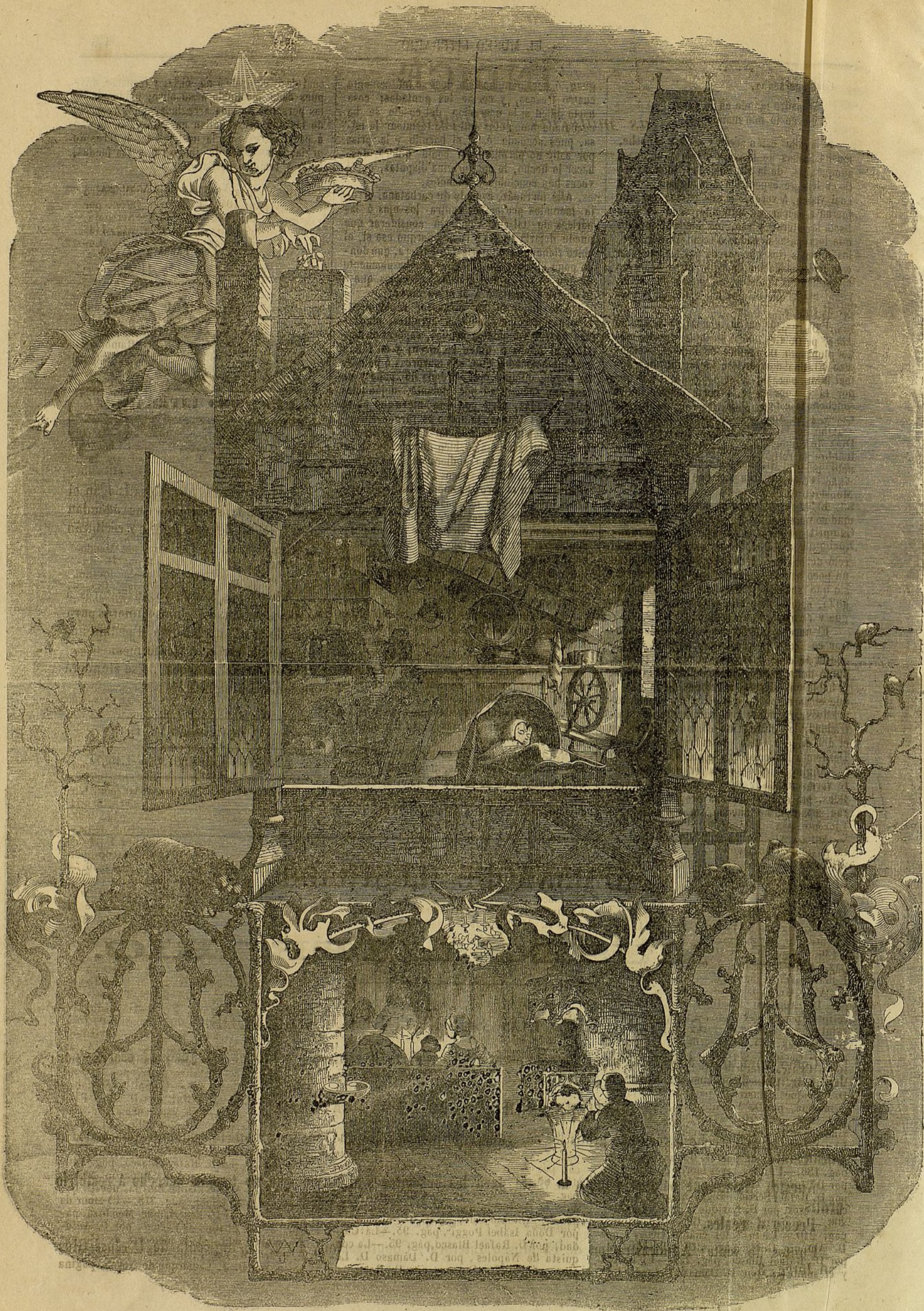
CONTIENE GRAN NÚMERO DE CARICATURAS.

Solo tienen derecho á recibirlo gratis los suscritores perpétuos y los que se suscriban nuevamente por todo el año 1866.

Nuestro Almanaque solo se pone á la venta para los suscritores al Museo que no tengan derecho á recibirlo gratis.

Precio 4 reales.

Puntos de venta: Administración de El Museo Literario, Congregación, 1, 2.º; é imprenta de D. José Rius, San Jorge, 3.



ALEGORIA DE NAVIDAD.

Ayuntamiento de Madrid

ÍNDICE

de las materias publicadas en este tomo.

Revista de teatros y revista de la semana.—En casi todos los números.

Artículos.

El día de Reyes, por D. Pedro M. Yago, pág. 1.—El matrimonio, por D. Enrique Vivanco, pág. 2.—Elocuencia antigua y moderna, por D. Narciso Campillo, pág. 3 y 14.—Rodrigo Díaz de Vivar, por D. Manuel Juan Diana, pág. 6 y 11.—Las faces del amor, por D. Gerónimo Flores, pág. 10.—La pluma, por D. Manuel del Palacio, pág. 13.—Una corrida de toros, por D. Rafael Blasco, pág. 18.—Lamartine como poeta, por el Dr. Lope de la Vega, pág. 22.—Ensanando la cabeza se ha espropiado el corazón, por D. Antonio Flores, pág. 23 y 31.—¿Qué dice la vecindad?, por D. Nicolás Díaz de Benjumea, págs. 26, 34 y 44.—El hombre y la religión, por D. José N. Garnelo, pág. 27.—Pasión de amor, por D. Enrique Vivanco, pág. 28.—El santuario de Monserrat, por D. Vicente Boix, págs. 36, 83, 90, 102, 110, 122.—Muchos son los llamados y pocos los escogidos, por D. Narciso Campillo, pág. 38.—El formalito, por Don Enrique Vivanco, pág. 42.—Literatura catalana, por D. Teodoro Llorente, pág. 42.—Gutta cavat lapidem, por D. José Velazquez y Sanchez, pág. 51.—Ingratitud, por Doña Victorina Ferrer y Saldña, pág. 58.—La madre, por D. Enrique Villarroya, pág. 62.—El feliz encuentro, por D. Francisco Rovira y Aguilar, pág. 67.—Un recuerdo de un baile de máscaras, por D. Rafael Blasco, pág. 67.—Guillermo C. Bonaparte, por D. Teodoro Llorente, pág. 75.—Recuerdos de una careta, por D. Emilio Mozo de Rosales, pág. 76.—El tiempo, por D. Pedro M. Yago, pág. 78.—La pintura española, por D. José N. Garnelo, pág. 78.—Ensayo crítico sobre las negaciones racionalistas, por D. Luis Vidart, págs. 80, 86 y 94.—Historia de Julio César, por el emperador Napoleón III, pág. 82.—Estudios sobre la literatura portuguesa, por D. Rafael Ferrer y Bigné, págs. 91, 146 y 283.—Mi portero, por D. Justo de Barrio, pág. 93.—Risas y lágrimas, por D. Teodoro Llorente, pág. 98.—Ensayos poéticos, por D. Antonio Alcalde Valladares, pág. 106.—La pasión de Jesús, por D. Luis Fabra y Cervero, pág. 113.—Piedras preciosas de la antigüedad, por D. Buenaventura Fernandez Sanahuja, pág. 114.—Armonía de la creación, por D. José N. Garnelo, pág. 115.—Dieu protège la France, por D. Manuel del Palacio, págs. 128, 142, 158, 167 y 174.—El entreacto, por D. Antonio Guix, págs. 127 y 136.—El juego, por D. Enrique Vivanco, pág. 130.—Recuerdos históricos, por Don Eduardo Atard, pág. 133.—Dos círculos, por D. A. F. Grilo, pág. 138.—Las magdalenas, por D. Angelino Esteller, pág. 139.—El eclipse, por D. Fernando de Lacerda y Carvajal, pág. 150.—Las jorobas, por D. R. Blasco, pág. 154.—Las órdenes religiosas, por D. Carlos R. de Arellano, págs. 158 y 166.—Crítica literaria, por D. Pedro M. Yago, pág. 162.—Los primeros amores, por D. Enrique Villarroya, pág. 163.—Viaje a la marina, por D. Vicente Boix, págs. 170, 182, 195, 203, 218, 274, 282 y 290.—La viuda, por D. Enrique Vivanco, pág. 174.—El arte, por D. Angelino Esteller, pág. 178.—Crítica literaria, por D. Jacinto Labaila, pág. 186.—Últimos reyes moros de Valencia, por D. José M. Torres, pág. 189.—Dos tipos, por D. Rafael Ferrer y Bigné, pág. 195.—Las cuatro eses, por D. Enrique Vivanco, pág. 206.—La nariz, por D. Gerónimo Flores, pág. 210.—Tanto vales cuanto tienes, por D. Antonio Guix, pág. 210.—Estadística, por D. Rafael Blasco, pág. 221.—El bastón y el sombrero, por D. Dámaso Delgado Lo-

pez, pág. 226.—Crítica literaria, por D. A. Alcalde Valladares, pág. 227.—Los poetas italianos, por D. Teodoro Llorente, pág. 235, 262, 366, 370, 386 y 402.—La muger de noble alcurnia, por D. Alejandro Buchaca, pág. 238.—Las pasiones de un gran rey, por D. Salvador M. de Fábregues, págs. 243, 253, 275, 286, 294 y 301.—El alcornoque, por D. Gerónimo Flores, pág. 251.—Oros son triunfos, por D. Enrique Vivanco, pág. 275.—Las lágrimas, por D. Alejandro Buchaca, pág. 299.—La casualidad, por D. José Selgas, págs. 302 y 310.—El agua, por Don José Garnelo, pág. 307.—Somos muy graciosos, por D. Jacinto Labaila, pág. 317.—La careta, por D. Enrique C. Quintana, pág. 326.—El monstruo de cien cabezas, por Don J. de Ramirez, págs. 327 y 334.—De cómo se medra en estos días, por D. R. Blasco, pág. 320.—Fe, esperanza y desengaño, por D. Enrique C. Quintana, pág. 332.—La mano, por D. Enrique Gaspar, pág. 340.—El baile, por D. Enrique C. Quintana, pág. 341.—El sueño, por D. Alejandro Buchaca, pág. 346.—La infancia, por D. Evaristo Fombona, pág. 346.—El día de difuntos, por D. Eduardo Atard, pág. 353.—Una cruz, por Doña Joaquina G. Balmaseda, pág. 354.—Quien mucho abarca poco aprieta, por Don F. F. Villabril, pág. 363.—Las dos isabeles, por D. Salvador M. de Fábregues, pág. 369.—La pobreza, por Doña Isabel Poggi, pág. 371.—Al revés, por D. Enrique Gaspar, pág. 378.—Estudios históricos, por D. Julian Castellanos, pág. 387.—De cómo se forman las reputaciones en este bendito país, por D. Javier Ramirez, pág. 394.—Diálogo alegórico-fantástico, pág. 398.—Fumemos, por D. Antonio de Trueba, pág. 405.—La muger y la educación, por D. Federico Mendoza, pág. 411.—La misa del gallo, por D. Ventura Ruiz Aguilera, pág. 414.

Poesías.

Ante la tumba de mi madre, por D. Teodoro Martel, pág. 7.—Las indirectas del Padre Cobos, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, pág. 7.—A un jazmín, por Doña Faustina Saez de Melgar, pág. 15.—El ruiñón, por D. Teodoro Llorente, pág. 15.—Cantares, por D. Ventura Ruiz Aguilera, pág. 15.—El mono y el buey: apólogo, por D. Manuel Breton de los Herreros, pág. 23.—A..., por D. Teodoro Martel, pág. 30.—A C., por D. Félix Pizcueta, pág. 30.—Romance, por D. Eduardo Atard, pág. 30.—El cinco de Mayo: (Traducción), por Don Juan E. Hartzenbusch, pág. 38.—***, por el Duque de Rivas, pág. 38.—La puesta del sol, por D. Rafael Serrano Alcázar, pág. 38.—Traducción del canto III de amor, de Ausias March, por D. Rafael Blasco, pág. 46.—Un recuerdo, por D. Luis Fabra y Cervero, pág. 47.—En un álbum, (Traducción de Zorrilla), por D. Jacinto Labaila, pág. 47.—En el campo, por Don Teodoro Martel, pág. 54.—Al acueducto de Segobia, por D. Ildefonso Llorente Fernandez, pág. 55.—El poeta, por D. Baltasar Martinez Duran, pág. 62.—A S. M. la Reina, por D. Teodoro Llorente, pág. 65.—El asno y el espejo, por D. Rafael Ferrer y Bigné, pág. 71.—Oriental, por Don Cayetano de Zurcalday, pág. 71.—Lo solitario del Guadalquivir, por D. Vicente Boix, pág. 79.—A D. Pedro Calderon de la Barca, por Doña Joaquina Garcia Balmaseda, pág. 80.—El genio, por R. Serrano Alcazar, pág. 86.—Epistola de D. Quijote, por Don Juan E. Hartzenbusch, pág. 87.—En un álbum por D. Antonio Guix, pág. 87.—Lamentos, por Doña Isabel Poggi, pág. 95.—La Caridad, por D. Rafael Blasco, pág. 95.—La conquista de Nápoles, por D. Dámaso D. Lopez, pág. 103.—Dolora, por D. Ramon de

Campoamor, pág. 104.—***, por D. Pedro M. Yago, pág. 104.—El primer varón, por D. Leopoldo Bremont, pág. 110.—Serenata, por D. Fernando Ruiz de Apodaca, pág. 111.—Ante la cruz, por D. Dámaso D. Lopez, pág. 118.—Lo que dibuen los oronetes, por D. Federico Mendoza, pág. 119.—La resurrección del Señor, por D. Luis Fabra y Cervero, pág. 126.—Fragmentos del Fausto, por D. Teodoro Llorente, pág. 126.—A una golondrina, por Doña Carolina Coronado, pág. 135.—Serenata, por D. Teodoro Martel, pág. 136.—Dolora, por D. Ramon de Campoamor, pág. 136.—Plegaria a la Virgen, por Doña Isabel Poggi, pág. 143.—La vejíz en la infancia y vice-versa, por D. Luis Fabra y Cervero, pág. 149.—Lejos de tí, por Don Eduardo Gomez Mazparrota, pág. 143.—San Vicente Ferrer, por D. C. Pascual y Genís, pág. 150.—La primavera, por Doña Antonia Diez de Lamarque, pág. 159.—A la festa del Cristo del Grau, por D. José Aguirre y Matiol, pág. 159.—El silencio, por D. Ventura Ruiz Aguilera, pág. 159.—Las brisas, por D. Dámaso Delgado Lopez, pág. 167.—Mi esperanza, por D. A. Alcalde Valladares, pág. 168.—Sagunto, por Ildefonso Llorente y Fernandez, pág. 173.—Dulces memorias, por Federico de Mendoza, pág. 175.—Amor y Gloria, por D. Ramon de Campoamor, pág. 183.—La ley del amor, por D. Francisco Calvo, pág. 183.—La rosa y la siempreviva, por Alejandro Benesia, pág. 183.—Glorias de Maria, por D. José Aguirre, pág. 190.—A un ángel, por D. Luis Fabra y Cervero, pág. 191.—La acción del tiempo, por D. Aureliano Ruiz, pág. 198.—Montes y valles, por Don Vicente Greus y Roig, pág. 199.—La muerte de Safo, por D. José Lamarque de Novoa, pág. 206.—Niña y coqueta, por D. Manuel Atard, pág. 207.—La ilusión, por D. Enrique Villarroya, pág. 214.—A Zaragoza, por D. Julian Romea, pág. 215.—Cancion de un prisionero, por D. A. Cánovas del Castillo, pág. 223.—Lamentos de un padre, por D. R. Serrano Alcázar, pág. 223.—Delirio del poeta, pág. 223.—A la muerte, por Don Miguel Velasco y Santos, pág. 230.—A mis hijos, por D. Evaristo Fombona, pág. 230.—La envidia, por Doña Antonia Diaz de Lamarque, pág. 239.—Serenata, por D. Luis Fabra y Cervero, pág. 239.—Crepúsculo, por Doña Joaquina G. Balmaseda, pág. 246.—Epistola, por D. Dámaso D. Lopez, pág. 246.—En la mort de una mare, por D. Félix Pizcueta, pág. 255.—(Traducción de la anterior), por D. Rafael Ferrer y Bigné, pág. 255.—Adios, por D. Antonio Guix, pág. 255.—La fe y el amor, por D. Luis Vidart, pág. 264.—El agua del arroyo, por D. Rafael F. y Bigné, pág. 264.—A la muerte del Duque de Rivas, por Doña Faustina Saez de Melgar, pág. 270.—Trovas, por D. Aureliano Ruiz, pág. 271.—Al Escelentísimo Sr. Marqués de Cabriñana, por D. José Lamarque de Novoa, pág. 271.—Ansiedad, por Doña Isabel Poggi, pág. 278.—A los Vascongados, por D. M. Carrillo de Albornoz, pág. 287.—Nuestro amor, por D. José R. Garnelo, pág. 288.—El Salto del caballo, pág. 288.—A Bellini, por D. Félix Pizcueta, pág. 295.—Sin esperanza, por Don Carlos Cano y Nuñez, pág. 295.—El poeta, por Doña Isabel Poggi, pág. 303.—La vida, por D. Ildefonso Llorente Fernandez, pág. 304.—A tí, por D. Rafael Blasco, pág. 310.—El nuevo amor, por D. Eduardo Atard, pág. 111.—A mi sobrina Emilia, por D. Dámaso Delgado Lopez, pág. 318.—El amor de una madre, por D. Federico de Mendoza, pág. 327.—El robo de Perico, por D. Antonio Guix, pág. 328.—A la memoria de *** , por D. Pedro M. Yago, pág. 335.—Agitación de amor, por D. J. Lamarque de Novoa, pág. 335.

336.—La aurora, por D. José R. Garnelo, pág. 342.—El primer hijo, por D. Francisco Calvo, pág. 342.—La salida de la jaula, por D. Isidoro F. Flores, pág. 350.—En la solemne profesion religiosa de la Señorita Doña Mercedes Sabraña, por Doña Antonia Díaz de Lamarque, pág. 358.—La Caridad, por D. Dámaso Delgado Lopez, pág. 358.—Flores secas, por D. Rafael Atard, pág. 358.—La Peña de Martos, por D. José Lamarque de Novoa, págs. 367, 373, y 381.—A S. M. la Reina Doña Isabel II en sus días, por Don Dámaso D. Lopez, pág. 372.—¿Qué es amor? por D. Ramon de Campoamor, pág. 382.—La emigracion, por D. Pedro M. Yago, pág. 391.—El canto del ruiseñor, por Don Francisco Calvo y Rodriguez, pág. 398.—(Traducción de la oda catalana Amargor de la vida), por D. Félix Pizqueta, pág. 399.—Un suspiro á Valencia, por Doña Isabel Poggi, pág. 407.—A la Purísima Concepcion, por el Marqués de Cabriñana, 414.

Biografías.

Carlos Rubio, por D. Rafael Blasco, pág. 16.—D. Vicente Boix, por D. R. B., pág. 44.—Mr. Aubert, pág. 93.—Milton, por D. J. F. Mateu, pág. 119.—Abraham Lincoln, pág. 147.—Adelaida Borghi Mamo, por D. Dámaso D. Lopez, pág. 151.—Ricardo Cobden, pág. 179.—Marqués de Cabriñana, por D. Teodoro Martel, pág. 188.—Jefferson Davis, pág. 192.—El cura de Belen, por D. Vicente Boix, págs. 234, 242, y 150.—El padre Ventura, pág. 326.—D. Teodoro Martel Fernandez de Córdoba, por D. Luis Fabra y Cervero, pág. 365.—Alfonso Karr, pág. 371.—El Excmo. Sr. D. S. Estébanez Calderon, por D. A. Alcalde Valladares, pág. 379.—Juan Bautista Niccolini, pág. 412.

Novelas y leyendas.

Felicidad doméstica, por D. Antonio de Trueba, págs. 45, 55, 63, 71, 87, 95, 111, 143, 160, 168, 175, 184, 190, 199, 207, 215.—Caprichos del sentimiento, por D. Jacinto Labaila, págs. 224, 239, 247, 255, 264, 273, 288, 296, 304.—El caballo blanco, por D. Dámaso Delgado Lopez, págs. 286, 294, 302.—Un drama en alta mar, por D. Salvador Maria de Fábregues, págs. 311, 318, 328, 336, 342, 351, 358, 367, 382, 391, y 399.—Un episodio de la guerra civil, por D. Enrique Villarroya, pág. 374.

Miscelánea.

A nuestros suscritores y al público, por la Redaccion, pág. 1.—Puente de El-Cántara, pág. 7.—Singapore, pág. 12.—Crónica de salones, inauguracion del Liceo Valenciano, pág. 14.—El rey y la reina de Siam, pág. 24.—Caza del elefante, pág. 24.—Cañon revolver, pág. 24.—El Triunfo del Sacramento, fresco de la iglesia de Santo Tomás, por D. Rafael Ferrer y Bigné, pág. 35.—Crónica bibliográfica, pág. 40.—Valencia, por D. Gerónimo Flores, pág. 50.—Procesion en Jurnes, pág. 51.—Caza del Buho, por D. D. Lopez, pág. 52.—Nueva bombalocomovible de vapor, pág. 56.—Manguetas y depósitos para el embarque del guano, pág. 60.—Ciudad de Melbourne (Australia), pág. 60.—Teatro á bordo, pág. 64.—Salones, por D. Gerónimo Flores, pág. 74.—Quinta de recreo de Roschild, pág. 78.—Círculo artístico y literario de Tarragona, por D. Pedro Antonio Torres, pág. 83.—Templo del Apóstol Santiago, pág. 92.—Un artículo para las suscriptoras del Museo, por D. Gerónimo Flores, pág. 98.—La fuente del Triton, por D. R. Blasco, pág. 100.—Templo de Theseo en Atenas, pág. 102.—Los buscadores de oro del Rhin, pág. 108.—Laboratorio de pies en San Sulpicio, por D. J. P., pág. 116.—Aniversario, por Doña Faustina Saez de Melgar, pág. 117.—Reunion en casa de los Sres. condes de Parcent, por Don Gerónimo Flores, pág. 118.—Sala Capitul de la catedral de Valencia, por D. Rafael Blasco, pág. 123.—Casas consistoriales de Valencia, por D. Luis Fabra y Cervero, pág. 131.—Vestigios del templo de Tutela en Tarragona, por D. Buenaventura Fernandez Sanahuja, pág. 132.—Inundacion del Ebro, por D. Eduardo Arevalo, pág. 139.—Baques en secciones, pág. 142.—Puente construido en San Salva-

dor, por D. D. L., pág. 142.—Las torres de Cuarte, por D. Vicente Boix, pág. 150.—El gusano de seda Bombyx, pág. 155.—El minarete de Kotub, pág. 163.—El Ebro desbordado por el Torrent, por D. Eduardo M. de Arévalo, pág. 171.—Iglesia de Santo Domingo, por D. Rafael Blasco, págs. 179, 190, 202 y 291.—Tumba del conde de Cavour, pág. 181.—Real academia española, pág. 183.—Valencia, por D. Gerónimo Flores, pág. 194.—El gran teatro de Moscou, pág. 200.—La casa de Garibaldi en Caprera, pág. 206.—Atenas, págs. 212 y 219.—El duque de Rivas: Necrología, por D. Dámaso D. Lopez, pág. 214.—Últimos días de Monte-Christi, por D. Antonio Frean, págs. 225 y 258.—Plaza de toros de Valencia, por D. R. Blasco, pág. 231.—D. Antonio Flores: Necrología, por D. Dámaso D. Lopez, pág. 240.—El palacio de Mandas, pág. 245.—Antigüedades americanas, págs. 245 y 256.—El escudo del rey D. Pedro y sepulcro romano cristiano, pág. 247.—Viage de SS. MM. á Zaráuz, pág. 257.—El Miguelete, por D. Rafael Blasco, pág. 262.—Los estudiantes de Heidelberg, pág. 259.—Viage de S. M. á las Provincias, por D. Ramon Ortiz de Zárate, págs. 265 y 313.—Necrología: D. Francisco de Paula Antonio, pág. 267.—El Museo del Cairo, pág. 270.—La caza del ciervo, por D. D. L., pág. 271.—Los Carvajales, pág. 286.—César Borgia, pág. 286.—El pueblo de Annecy, pág. 291.—El Generalife, por D. Augusto Jeréz, pág. 293.—La esclavitud, pág. 300.—Biarritz, pág. 300.—El Moncabrer, por D. José Puig Perez, pág. 306.—La villa Borghese, pág. 308.—La iglesia de Santiago de Orihuela, por R. B., pág. 308.—Templo de Augusto en Tarragona, por D. Buenaventura M. Sanahuja, pág. 319.—Nueva-Westminster, pág. 317.—Bebedora de aguardiente, pág. 331.—Antigüedades de Cervetri, pág. 331.—Costumbres vascongadas, por D. Mateo Benigno de Moraza, pág. 338.—La fiesta de los segadores en Lituania, pág. 340.—Beyrouth, pág. 340.—Bajo relieve de San Jorge, por D. Vicente Boix, pág. 344.—El Puig, por D. R. Ferrer y Bigné, pág. 343.—La fiesta en recuerdo de la fundacion de Thames, pág. 347.—Jardines para los niños, pág. 348.—Parque central en Nueva-Yorck, pág. 357.—Praga, pág. 357.—Teatro de Mr. Robin en Paris, pág. 364.—Coronacion del rey de Cambodge, pág. 379.—Lápidas conservadas en el pretil del rio Túrria, por D. Rafael Blasco, pág. 390.—Prensas mecánicas, pág. 390.—El dia de Santa Bárbara, por D. G. F., pág. 394.—Los tiradores tiroleses, pág. 397.—Apertura del Istmo de Suez, pág. 397.—Pensamientos y máximas, por D. J. Labaila, pág. 399.—Ceremonia solemne en Roma, pág. 403.—Espada de Garibaldi, pág. 403.—Interior de un harem, pág. 404.—Nueva tienda de campaña, pág. 404.—Pensamientos y máximas, por Don Ventura Ruiz Aguilera, pág. 407.

Grabados y litografías.

Puente de El-Cántara, pág. 4.—Routhong, pág. 5.—El año que muere y el año que nace, caricatura, pág. 8.—Escalera de una pagoda de Boudha, pág. 12.—Vista de Singapore, pág. 13.—D. Carlos Rubio, pág. 16.—El rey y la reina de Siam, pág. 20.—Caza del elefante, pág. 21.—Cañon revolver, pág. 24.—Geroglífico, pág. 24.—Vista de la Laguna, pág. 28.—Vista de Richmond, pág. 29.—Radam II, rey de Madagascar, pág. 32.—El Triunfo del Sacramento, pág. 36.—Las montañas de Monserrat, vista del monasterio, pág. 37.—Vista de Monserrat desde el pueblo de Collbató, pág. 44.—Cochinchina, pág. 45.—Notabilidades de la época, caricaturas, pág. 48.—Procesion en Jurnes, pág. 52.—Caza del buho, pág. 53.—Bomba locomovible, pág. 56.—Manguetas y depósitos para el embarque del guano, pág. 60.—Ciudad de Melbourne (Australia), pág. 61.—Teatro á bordo, pág. 64.—El mundo es una casa de locos, pág. 68.—Tipos de vendedores en Manila, pág. 69.—Inauguracion del trabajo del derribo de las murallas de Valencia, pág. 72.—Quinta de recreo de Roschild, pág. 75.—Estracion del guano en las islas de Chíncha, pág. 76.—Vista de Monserrat, pág. 81.—Interior del primer recinto de las

cuevas de Monserrat, pág. 84.—Palacio del primer ministro del sultan en Damasco, pág. 85.—Templo del Apóstol Santiago, pág. 92.—Mr. Auber, pág. 93.—Fuente del Triton, pág. 100.—Templo de Theseo en Atenas, pág. 101.—Buscadores de oro en el Rhin, pág. 108.—Embarcacion de los buscadores de oro, pág. 109.—El general Cialdini, pág. 116.—Laboratorio en S. Sulpicio, pág. 117.—Milton, pág. 120.—Sala capitular de la catedral de Valencia, pág. 124.—Parlamento italiano, pág. 125.—Escenas de actualidad, pág. 128.—Antiguas casas consistoriales, pág. 132.—Vestigios de un templo pagano, pág. 133.—Geroglífico, pág. 136.—El Conector, pág. 140.—Puente construido en San Salvador, pág. 141.—Geroglífico, pág. 144.—Abraham Lincoln, pág. 148.—Torres de Cuarte, pág. 149.—Adelaida Borghi-Mamo, pág. 152.—La Primavera, pág. 156.—El gusano de seda Bombyx, pág. 157.—Geroglífico, pág. 160.—El minarete de Kotub, pág. 164.—Vista de Roma, pág. 165.—El Ebro desbordado por el Torrent, pág. 172.—Asesino de Lincoln, pág. 173.—Geroglífico, pág. 176.—Claustro de Sto. Domingo, pág. 180.—Ricardo Cobden, pág. 181.—Tumba del conde Cavour, pág. 181.—Vista de San Pedro en la Martinica, pág. 188.—Marqués de Cabriñana, pág. 189.—Jefferson Davis, pág. 192.—Interior del gran teatro de Moscou, págs. 196 y 197.—Geroglífico, pág. 200.—La casa de Garibaldi, pág. 204.—Banderas usadas durante la guerra por los Estados del Sur de América, pág. 204.—Vista general de Denia, pág. 205.—El salto del caballo, pág. 208.—Monumento de Lisícrates, pág. 212.—Fachada occidental del Partenon, pág. 212.—Ruinas del cuartel cristiano en Damasco, pág. 213.—Iglesia de Jávea, pág. 220.—Tribuna y vista general de Pnyx, pág. 221.—Fragmento de friso del Partenon, pág. 221.—Recuerdos de Atenas: Los propíleos, etc., págs. 228 y 229.—Plaza de toros de Valencia, pág. 232.—Antigüedades americanas, pág. 236.—Tipos de tratantes de caballos en Calamba, pág. 237.—Fortada del antiguo palacio de los duques de Mandas, pág. 244.—Escudo de armas de Valencia y sepulcro de la primera época del cristianismo, pág. 248.—Antigüedades americanas, págs. 252 y 253.—Geroglífico, pág. 256.—Los estudiantes de Heidelberg, pág. 260.—El Miguelete, pág. 261.—Antigüedades Egipcias, pág. 268.—Ciervo y cierva, pág. 269.—Ventana del Palacio de Mandas, pág. 272.—Campamento de Chalons, pág. 276.—Una erupcion del Vesubio, pág. 277.—El salto del caballo, pág. 280.—Los Carvajales, pág. 284.—César Borgia, pág. 285.—Vista de Annecy, pág. 292.—Sala capitular de Sto. Domingo, pág. 293.—Venta de esclavos, pág. 300.—Colocacion de esclavos á bordo, pág. 300.—Biarritz, pág. 301.—La villa Borghese, pág. 308.—Puerta de Santiago de Orihuela, pág. 309.—Vista de Nueva-Westminster é Iglesia de la misma, pág. 316.—El rio Frasca, pág. 317.—Fragmento del Templo de Augusto, pág. 320.—La caza del Javalí, pág. 324.—El padre Ventura, pág. 325.—Bebedora de aguardiente, pág. 332.—Pueblo de Cervetri é interior del gran sepulcro etrusco, pág. 333.—Fiesta de los segadores en Lituania, pág. 340.—Vista de Beyrouth, pág. 341.—Bajo relieve de S. Jorge, pág. 344.—Fiesta en recuerdo de la fundacion de Tamis, pág. 348.—Jardin para niños en la Ausanne, pág. 349.—Geroglífico, pág. 352.—Parque central en Nueva-Yorck, pág. 356.—Puente del rey en Praga, pág. 357.—Teatro de Mr. Robin en Paris, pág. 364.—D. Teodoro Martel Fernandez de Córdoba, pág. 365.—El emperador Maximiliano y la emperatriz en las calles de Méjico, pág. 372.—Alfonso Karr, pág. 373.—Coronacion del rey de Cambodge, pág. 380.—El Excmo. Sr. D. S. Estébanez Calderon, pág. 381.—Geroglífico, pág. 384.—Prensa mecánica, pág. 388.—Lápidas conservadas en el pretil del rio Turia, pág. 389.—Tiradores tiroleses, pág. 396.—Vista del Guisp, pág. 397.—Ceremonia solemne en Roma, pág. 404.—Espada regatada á Garibaldi, pág. 404.—Interior de un harem, pág. 395.—Nueva tienda de campaña, pág. 395.—El poeta italiano Niccolini, pág. 412.—Vista general de Túnez, pág. 413.—Alegoría de Navidad, pág. 416.